

## CAPÍTULO 2: NOCHE DE GÜIJA

Una de las cosas que Sarah más añoraba de su antiguo barrio era el ambiente familiar y amable que se respiraba en él. Era como un pueblecito dentro de la gran ciudad, con amigos a los que conocía desde la infancia. Además, aquel fin de semana sería especial. Hacía tiempo que Sarah y sus amigos llevaban preparando una sesión de güija en el viejo caserón abandonado de los Carey.

Sarah se levantó temprano, cogió primero el metro y posteriormente un bus que la dejaba prácticamente en la puerta de la casa de su amiga Theresa. Eran apenas las diez de la mañana, *un poco pronto* –pensó–, pero no podía esperar ni un minuto más para contarle todo lo sucedido el día anterior.

Le abrió la puerta la madre de Theresa, algo somnolienta, mientras su amiga bajaba las escaleras alegremente, con ganas de enterarse de los últimos chismes y cotilleos

de la gran ciudad y, de paso, desayunar las pastas que siempre le llevaba su amiga.

-Es increíble que no haya en todo este barrio una pastelería tan buena como la que tienes debajo de tu casa -dijo Theresa mientras engullía varias galletas.

Tenía la misma edad que Sarah, habían crecido juntas y hasta ese mismo año habían asistido a la misma escuela. Le gustaba hacer ejercicio y tenía un hermoso cuerpo atlético en cuya espalda lucía el tatuaje de un dragón, que Sarah siempre había envidiado secretamente.

Sarah le relató con detalle lo sucedido el día anterior, pero a medida que avanzaba en la explicación se dio cuenta que aquella historia resultaba increíble. Incluso para la fe ciega de su amiga. Minutos después, tras intentar encontrar infructuosamente una explicación lógica al misterio, decidieron aparcarlo de momento y salir para reunirse con los chicos en la cafetería Helland, en la plaza central del barrio.

-¿Seguro que estará todo listo? -preguntó escéptica Sarah.

-No te preocupes. El domingo pasado Bill se pateó todo el mercadillo de arriba abajo y dijo que había encontrado una tabla genuina al cien por cien.

Sarah, menos confiada que Theresa, no quería dudar de la habilidad de Bill, pero le conocía demasiado bien y

era consciente de que podía presentarse con una güija regalada en una caja de cereales. Sin embargo, aquella vez se equivocó y cuando Bill les enseñó la tabla que había comprado las dos se quedaron perplejas.

-¡No puede ser! -exclamó impresionada Theresa-. ¿De dónde la has sacado?

Sarah también estaba atónita; en la más optimista de sus especulaciones, Bill les traía uno de esos tableros de juguete que Hasbro sacó a la venta hacía años. Pero aquella tabla parecía auténtica... Y antigua, muy antigua.

-Y no sabéis lo mejor -dijo Bill con cara de satisfacción mientras se metía la mano en un bolsillo-. El tablero venía con esta tablilla en punta. ¡No seremos de esos cutres que usan un vaso para moverse por la tabla!

-Vaya, espero estar a la altura esta noche -dijo Theresa emocionada.

Theresa llevaba semanas preparándose para la velada. Se había leído todos los libros esotéricos que habían caído en sus manos. Incluso asistió a un par de decepcionantes sesiones con amigos del barrio.

-Seguro que, como mínimo, nos lo pasaremos bien -dijo Sarah viendo la cara de preocupación de su amiga, mientras pasaba su mano por encima de la tabla-. Por cierto, ¿dónde está John?

-¡Ah, sí, se me olvidaba! -recordó Bill-. Me ha dicho que le disculpemos, no se encontraba bien y no sabe si podrá venir.

-Si no lo conociese tan bien diría que se ha rajado -dijo Sarah con una sonrisa burlona-. Pero seguro que lo hace para no devolverme mi DVD de *Los juegos del hambre*.

Así, entre risas, los tres fueron pasando el día hasta el momento de partir rumbo al viejo caserón abandonado en las afueras del barrio. De camino, sonaron a la vez los dos móviles de Sarah; su madre llamaba al Samsung para comprobar que estaba bien, mientras que John le informaba en el Nokia que tenía anginas y no podría venir. Resultaba hilarante verla intentando hablar a la vez con un teléfono en cada mano. Sarah estaba cansada de las bromitas de sus amigos cuando sucedía una situación así. Tenía que deshacerse de alguno de ellos, pero nunca se decidía por ninguno. *De alguna forma, uno es papá y el otro es mamá*, pensó con el corazón dividido. Sarah le contó sucintamente a Bill la historia del día anterior. Tras la perplejidad inicial, este permaneció en silencio buscando una explicación lógica mientras sus dos amigas cambiaban de tema y comenzaban a hablar del concierto que The Corrs daba en Londres la semana siguiente.

Cuando finalmente llegaron al enorme caserón, los tres enmudecieron, fascinados por la visión aquella vieja y ruinoso casa victoriana iluminada por la luna. Aunque llevaba mucho tiempo abandonada aún quedaban restos del esplendor anterior.

-¿Seguro que no hay nadie dentro, verdad? -preguntó Sarah.

-No te preocupes. John dice que aquí no vive absolutamente nadie desde hace años -la tranquilizó Bill.

-A mí me parece que John se ha escaqueado -comentó sarcásticamente Sarah-. Su voz sonaba estupendamente bien para tener unas horriiiiibles anginas.

-Si hay una casa en toda Inglaterra con pinta de estar habitada por espíritus, sin duda es esa -dijo Theresa. Sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo.

-Bueno, ¿entramos o qué? A este paso amanecerá y aún estaremos aquí afuera -inquirió Sarah, impaciente, mientras comenzaba a trepar por el muro que rodeaba el jardín de la mansión. Bill la siguió, mientras Theresa miraba aprensivamente la solitaria calle, pero no vio una sombra que se agazapó tras el enorme roble que tenían a su espalda y se quedó observándolos. Cuando por fin Theresa saltó ágilmente sobre la grava del jardín, los tres oyeron un ruido. Algo se acercaba,

sigilosamente al principio y con estrépito una vez se supo descubierto.

-¡Cómo es posible que nadie se hubiera enterado de esto! -exclamó Theresa al darse cuenta de lo que ocurría.

Bill fue el último en reaccionar, aunque no tardó en seguir a sus compañeras que corrían desesperadamente hacia la casa, huyendo del enorme perrazo que se les echaba encima, ladrando ferozmente.

-Perro que ladra no muerde, perro que ladra no muerde -se repetía Bill, mientras cruzaba a toda velocidad el asilvestrado jardín.

La primera en llegar fue Sarah, que empujó con todas sus fuerzas la puerta de entrada. Esta se atascó al principio pero luego cedió. Segundos más tarde, Theresa atravesaba el umbral, seguida por un jadeante Bill.

-¡Cerrad la puerta, cerrad la puerta! -repetía Bill mientras sus compañeras la atrancaban apoyando un arcón contra ella. El perro empezó a golpear la puerta, sin dejar de ladrar furiosamente.

-¡A nosotros no hay quien nos gane en discreción, sí señor! -ironizó Sarah-. Menos mal que no hay vecinos cerca, o no habríamos dejado ni uno despierto.

Tras recuperar el aliento, los tres se incorporaron y encendieron las linternas.

-No sé si será buena idea hacer la sesión ahora -musitó Bill.

-No creo que haya un mejor sitio o momento para la ceremonia -respondió Theresa excitada mientras curioseaba enfocando con la linterna los polvorientos cuadros de las paredes.

-Estoy de acuerdo -confirmó Sarah-, pero mejor que vayamos al piso de arriba, no sea que el perro logre entrar por alguna ventana rota y nos sorprenda. Desde allí podremos escucharle si se acerca.

-En el peor de los casos podremos saltar por la ventana -suspiró poco convencido Bill.

Tras recorrer un largo y siniestro pasillo, el grupo llegó hasta lo que debió ser el dormitorio principal. Todos los muebles, el robusto armario, la cama, los canapés y las mesillas estaban cubiertos por sábanas, que se movían, fantasmagóricas, por las ráfagas de aire que entraban por los cristales rotos de las ventanas. Una vieja alfombra persa completaba el conjunto.

-¡Este sitio es estupendo! -exclamó Theresa, alborozada-. Es perfecto. Lástima que John no haya podido venir, le habría encantado.

Sarah desplegó el tablero sobre la alfombra mientras Theresa encendía algunas velas para quemar plantas aromáticas.

-Menudo olorcito que echan los hierbajos esos -protestó Bill, resignado-, ¿seguro que es imprescindible?

-No seas tan pesado -replicó Theresa, sin interrumpir su trabajo-. Dicen que la conexión funciona mejor así. Hace unos días lo probamos en casa de Mayte y nos salió muy bien. No es que el espíritu dijese gran cosa, pero al menos apareció... creo.

Bill, al igual que Sarah, era bastante incrédulo con todo lo relacionado con los espíritus, pero había aceptado de buen grado sabiendo que se lo pasaría bien en compañía de sus amigos.

-Venga, concentraos y poned las manos sobre la tablilla, que vamos a empezar -dijo Theresa, con tono serio y solemne. Al cabo de unos segundos de silencio, hizo la pregunta de rigor-. ¿Hay alguien ahí?

A pesar de su escepticismo, Sarah y Bill aguardaron expectantes. Theresa repitió la pregunta una segunda y una tercera vez y, justo cuando en los labios de sus amigos empezaba a pintarse una sonrisa burlona, la tablilla se desplazó lentamente hacia el "SÍ" que aparecía escrito a mano en el tablero.

Bill y Sarah se miraron sorprendidos, sin saber si estaba sucediendo algo o, simplemente, su amiga había decidido tomarles el pelo empujando un poco la tablilla. Antes de que pudieran reaccionar, Theresa siguió.



-¿Tienes un mensaje para mí?

La tablilla se movió en esta ocasión hacia el "NO".

-¿Tienes un mensaje para Bill? -continuó.

De nuevo "NO".

-Entonces... ¿tienes un mensaje para Sarah? -dijo dubitativa, preguntándose a qué jugarían si volvía a responder "NO".

Tras unos instantes eternos, la tablilla volvió a recorrer el tablero, en esta ocasión hasta el "SÍ". Sarah enarcó una ceja, sintiendo un retortijón en el estómago. Entonces, sin que Theresa formulara pregunta alguna, la tablilla se fue desplazando de letra en letra componiendo las palabras:

"P-E-L-I-G-R-O", "M-U-N-D-O-S", "P-U-E-R-T-A-S",  
"F-I-N D-E E-R-A"

-¿Qué narices está pasando, Theresa? -preguntó Sarah algo alterada aprovechando que la tablilla parecía haberse detenido-. Si es una broma no tiene ninguna gracia...

No había acabado la frase cuando la tablilla pareció cobrar vida de nuevo y se movió a toda velocidad, arrastrando las manos de los tres.

"T-E-R-C-E-R-A E-R-A", "L-I-B-R-O P-E-R-D-I-D-O",  
"P-A-D-R-E B-U-S-Q-U-E-D-A"

Al leer la palabra *padre* seguida de *búsqueda*, Sarah sintió que su corazón le daba un vuelvo. Se encaró con Theresa, indignada, pero se dio cuenta de que esta estaba sudando. Había leído la última palabra con los ojos cerrados. Parecía que estuviera en trance.

-N-no es posible -balbuceó Sarah. Y, asumiendo el rol de Theresa, preguntó temblorosa-. ¿Qué quieres? ¿Quién demonios eres...?

Casi al instante volvió a oírse el apagado ruido de la tablilla recorriendo el tablero, esta vez más lentamente. Escribió dos palabras más: "S-A-L-V-A-R-T-Ú".

-No entiendo nada, todo esto no tiene sentido -repetía Sarah, casi histérica-. ¿Salvar a quién, de quién? Nada tiene lógica

Pasados unos segundos, y sin que nadie formulase ninguna pregunta, la mano de Theresa comenzó a moverse de nuevo, aunque esta vez mucho más lentamente, como si fuera perdiendo fuerza: "2-7-5-4-8-1" ...

Y por fin se detuvo por completo. Los ojos de Theresa se abrieron de pronto y se quedaron clavados en la puerta que estaba detrás de Bill y Sarah. En la oscuridad de la noche, y con las velas iluminando a duras penas aquella inmensa habitación, no habían visto cómo una figura vestida completamente de negro se había deslizado sigilosamente hasta ellos.

Sarah, intrigada por la mirada vidriosa de su amiga, se volvió y lanzó un grito que resonó en medio de la quietud de la noche. La figura de negro se abalanzó sobre ella.

Theresa, todavía aturdida, se acercó torpemente hacia su amiga para ayudarla. Bill estalló en carcajadas.

-¡¡Ja, ja, ja!! ¡¿Cómo podéis ser tan ingenuas?! -dijo Bill, llorando de risa-. ¿No veis que es John?

Sarah se dio cuenta que, en efecto, el intruso no era otro que su amigo John. Con el corazón a mil por hora, se zafó de un manotazo del metro ochenta y cinco de su amigo mientras Theresa, enrabiada, comenzaba a propinarle patadas en las nalgas.

-¡Sois unos imbéciles! -exclamó, indignada, Theresa-. ¡Nos habéis dado un susto de muerte!

-¡Eh, que no fue idea mía! -se defendió John-. Se le ocurrió al cachondo de Bill, que me ha tenido fuera, pasando frío, toda la noche. -Afortunadamente para ellos, la pelea no fue a más. Tanto Sarah como Theresa estaban mucho más preocupadas por lo que había sucedido con la güija que por la broma de sus amigos.

-Será mejor que nos marchemos -dijo Theresa que, de pronto, se sentía terriblemente cansada.

Bajaron las escaleras, y tras cerciorarse de que el perro no estaba cerca, pusieron rumbo veloz hacia la calle. Una vez

fuera, Sarah empezó a recordar lo sucedido. Theresa no daba crédito; no recordaba prácticamente nada de todo ello.

-Venga, Theresa, no nos vengas ahora con cuentos -insistió Bill-. No me intentes hacer creer que lo de antes no fue más que un numerito de médium en trance, aunque reconozco que estuviste de lo más convincente.

-¡No fue ningún numerito! -replicó Theresa. Le tembló la voz. Estaba al borde del llanto-. Os aseguro que apenas recuerdo lo que sucedió.

-Desde luego, no se os puede dejar solos -afirmó John entre risas mientras ponían rumbo a la pequeña plaza de Saint James.

-No hables muy alto, no me gustaría que tuviéramos más encuentros nocturnos -dijo Theresa, que seguía dándole vueltas al asunto.

-No creo que haya muchos tíos vestidos de negro en este barrio que les apetezca meterse con cuatro desconocidos -replicó Sarah, ya más repuesta de las emociones de la velada-, y menos si uno de ellos es un armario con patas de más de metro ochenta que va al gimnasio tres veces por semana.

-Cuatro -le corrigió John.

Un cuarto de hora más tarde, llegaban hasta la plaza y se sentaban en una terracita a tomar unas copas.

-Sugiero que hoy no hablemos más del tema -propuso John viendo el preocupado semblante de las chicas-, seguro que Sarah tiene muchas cosas que contarnos.

Sarah se estremeció al recordar el día anterior. Estaba cansada de tantos misterios, así que decidió cambiar completamente de tema.

-Una semana de lo más normal. Ayer ni siquiera salí. Tuve un incidente tonto en una tienda de informática y luego me fui directa a casa. ¡Ah! Y el jueves fui a ver una reposición de *Stardust* y vino el propio Neil Gaiman.

-¡Qué suerte! -respondió Theresa, agradeciendo el cambio de tercio-. Me hubiera encantado verle en persona, es un genio.

-No entiendo que haya gente que diga que *Stardust* es una mezcla de *El señor de los anillos* y *Harry Potter* -apuntó John.

-Hombre, hay magia, ¿no? -apuntilló Bill.

-Sí, claro, como en mil libros más -señaló John-. De hecho, como en *Los libros de la magia* de Gaiman, que escribió mucho antes que Rowling sus *Harry Potter*, y donde, qué casualidad, sale un niño idéntico a Harry que, curiosamente, también se inicia en la magia.

Tras algunos sarcásticos comentarios más, John continuó.

-Por cierto, Sarah, ayer bajé al centro y te vi salir del Apollo West End. Como siempre, andabas a toda pastilla y no me dio tiempo a saludarte.

El rostro de Sarah palideció.

-Si se trata de otra broma no tiene ninguna gracia -dijo airada. La sorprendida mirada de John la hizo titubear. En tono más amable añadió- Ya te dije antes que ayer me fui a casa tras lo de la tienda de electrónica.

John estaba molesto por el tono de Sarah.

-Pues tía, ya me explicarás cómo es posible, porque te aseguro que eras tú. Después de 10 años conozco tus andares perfectamente. Además, llevabas el top negro de tirantes que te compramos para tu cumpleaños.

Durante unos segundos, Sarah volvió a sentir que la cabeza le daba vueltas. Efectivamente, su *doble* del día anterior también llevaba un top muy similar al que mencionaba John, lo cual confirmaba que el viernes no había perseguido a ningún fantasma... ¿o sí?

Afortunadamente, cuatro comentarios jocosos de Bill distendieron el ambiente y entre todos lograron reconducir la conversación y remontar la noche, aunque Sarah no pudo dejar de pensar en el asunto durante el resto del fin de semana.

### CAPÍTULO 3: SARAH Y... ¿SARAH?

**S**arah se pasó el resto del fin de semana ensimismada, intentando encontrar una explicación lógica a lo sucedido. No la encontró. Ni siquiera algo que arrojara alguna luz sobre toda esa serie de desconcertantes acontecimientos. El lunes, exasperada, decidió pasar a la acción. Volvió cada tarde, a la salida del instituto, a la zona del famoso encuentro con “su doble”. La labor de detective privado le resultó tediosa. Los dos primeros días estuvo merodeando por los alrededores de la tienda de antigüedades, escudriñando a cualquiera que se acercara. Tras múltiples desencuentros – chicas que al principio tomó por su supuesta réplica, y chicos que confundieron su mirada escrutadora con otro tipo de interés– estaba prácticamente decidida a tirar la toalla.

Pero la situación tomó un rumbo inesperado al anocheecer del tercer día, cuando regresaba a casa, hambrienta y desmoralizada. De pronto, se fijó en la joven que caminaba

por la acera de enfrente... Sí, estaba casi segura, llevaba el top negro de tirantes que le habían regalado sus amigos. O al menos uno que se parecía mucho. Curiosamente, pese a lo obsesionada que estaba, Sarah no se había planteado qué haría cuando encontrara a la *otra* Sarah. Quizá porque, en el fondo, no creía que eso llegara suceder.

Apresuró el paso y la siguió con discreción. Definitivamente, aquella chica se le parecía muchísimo. Hoy llevaba el pelo recogido de otra manera y sus andares, por mucho que dijera John, parecían distintos –aunque no tenía muy claro de qué forma andaba ella misma–, pero, sin duda, había un no sé qué muy familiar, espeluznantemente familiar. Decidió cruzar la acera y descubrir de una vez por todas quién era y qué estaba pasando. No sabía que nunca podría estar preparada para lo que estaba a punto de descubrir. Esquivó los coches que cruzaban Oxford Street y se plantó justo delante de ella. La miró fijamente a los ojos y enmudeció.

No es que fueran algo parecidas, no, es que era una réplica exacta de ella.

Durante unos breves y turbadores instantes, miles de pensamientos se agolparon en su cabeza: “¡Tengo una hermana gemela y nadie me ha dicho nada!” y “Mis padres son unos cabrones por no haberme comentado una cosa



así". Pero entonces se fijó en un pequeño detalle que lo cambiaba todo. Absolutamente todo. El top negro que llevaba esa chica no solo era el mismo modelo que le habían regalado meses antes. *Era el mismo*. Tenía aquel desgarrón casi imperceptible bajo la axila, el que ella misma había cosido y recosido pero que siempre acababa deshilachándose. El mismo top que, en teoría, estaba en la cesta de la ropa sucia, donde lo había tirado hacía ya quince días. Mientras la gente pasaba por su lado sin prestar atención a esas dos gemelas que se miraban fijamente, siguió examinando a la extraña, y se le encogió el corazón; llevaba en el cuello el mismo tatuaje que tantas broncas le había costado con su madre cuando decidió hacérselo, a los quince años.

*El mismo tatuaje.*

Estaba delante de un retrato exacto a ella, a todos los efectos.

De pronto, el "retrato" cobró vida e hizo un inequívoco amago de irse.

-¡Eh!, ¿adónde crees que vas? -inquirió Sarah, agarrándola por el brazo. Pero la otra chica no respondió. Parecía ligeramente sorprendida, pero en absoluto tan alucinada como Sarah. La "réplica" tiró del brazo, logró soltarse sin que la aturdida Sarah opusiera mucha resistencia, y echó a correr. *Esta vez, no se me puede escapar*, pensó Sarah mientras

la perseguía por una Oxford Street abarrotada de transeúntes. Ninguna de las dos era consciente pero, durante aquella persecución, la distancia que mantenían entre ellas era siempre la misma, ya que corrían a la misma velocidad y esquivaban a las personas de igual manera. A la altura de la iglesia de San George Bloomsbury, la perseguida se dio de bruces con una mujer obesa que salía de misa. Se levantó ágilmente y reemprendió la carrera y, apenas cinco segundos más tarde, Sarah, por increíble que parezca, se estrellaba contra la misma persona y caían ambas al suelo. Sarah tardó un poco más en reincorporarse. Le fallaban las fuerzas y la situación le sobrepasaba. Los últimos cinco días estaban siendo demasiado... intensos. Una vez en pie, y tras disculparse con la afable señora, absolutamente desconcertada por haber chocado dos veces con la misma joven, miró calle arriba y descubrió que había vuelto a perder el rastro de su "doble".

Estaba a punto de romper a llorar, desalentada y frustrada, cuando la señora le dijo:

-Perdone, jovencita, pero creo que se le ha caído esto.

A Sarah, que creía haber cubierto el cupo de cosas extrañas que podían sucederle durante los próximos diez o veinte años, le dio un vuelco el corazón. La señora sostenía en la mano *ese* caro bolso negro de Gucci para el

que llevaba meses intentando ahorrar inútilmente; jamás lograba reunir el dinero necesario, siempre se lo acababa gastando en algo más apremiante, cuando no era un concierto de música celta era un viaje a Irlanda con sus amigos. “Parece que mi doble es más ahorradora. O tiene aún menos vida social que yo”, se sonrió Sarah amargamente, mientras cogía el bolso, intentando parecer imperturbable.

Durante todo el camino de regreso a casa estuvo tentada de abrir el bolso, pero se contuvo. Deseaba la intimidad y la privacidad de su habitación. A fin de cuentas, no sabía *qué* podía contener aquel bolso. Ya casi estaba llegando cuando se topó con Elizabeth, *justamente*, pensó, una esnob que se sentaba detrás de ella en clase y que parecía alucinada con Sarah. Era la única de sus compañeras que era amable con ella. Y, cuando Sarah se sentía demasiado sola, charlaba un rato con ella entre clase y clase. Era una chica voluble y aunque ahora estaba pasando por una época gótica, meses atrás lo que le encantaba era lo retro, y luego sería lo punk...

-¡Hola, Sarah! -dijo alegremente-. ¡Qué casualidad! A estas horas te hacía ya en casa, cenando.

-He salido a pasear un rato y pensar en mis cosas -mintió de forma automática.

-Vaya, ¡qué bien que tengas tiempo! -continuó Elizabeth, radiante-. Acabo de terminarme *Las Crónicas Vampíricas* y no sabía qué más leer. ¿Qué me recomiendas?

Quince minutos más tarde, Sarah, impaciente, tomaba un café con la cargante Elizabeth, mientras le recomendaba *Neuromante* (a pesar de que sabía que no entendería ni la décima parte del libro). Fue entonces cuando sonó su móvil. Al contestar la llamada se quedó boquiabierta. El número que aparecía en la pantalla era el suyo, el de uno de sus dos móviles, que en ese momento tenía en el bolsillo. ¿O no? Se aseguró de que seguía en su sitio y, justo cuando iba a responder, quienquiera que estuviera llamando colgó.

Por fin logró deshacerse de Elizabeth, que se despidió alabando su buen gusto en tema de bolsos, y se apresuró a volver a casa. Ya era muy tarde y le iba a caer una bronca enorme.

-Hola, mamá -saludó desde el recibidor mientras ponía rumbo a su cuarto, intentando pasar desapercibida.

Pero su madre le devolvió el saludo con toda tranquilidad. *Sentimientos de culpabilidad por lo del viernes*, pensó Sarah cínicamente y, cuando se disponía a verter sobre la cama el contenido del bolso, se abrió la puerta de su cuarto y apareció su madre.

-¿Ya estás de vuelta? -dijo de un modo tan afable que la desconcertó-. Sí que has tardado poco en bajar la basura.

Sarah no tuvo que hacer ningún esfuerzo mental para deducir lo que había pasado, algo que confirmó en cuanto su madre añadió:

-Veo que esta vez no te has olvidado las llaves.

“¡Qué fuerte! ¡Ha estado aquí!”. Estaba tan sobrepasada por la situación que ya no tenía fuerzas ni para indignarse. Además, no sabía lo que *la otra* había hecho en su ausencia, pero el humor de su progenitora había mejorado notablemente desde la hora del desayuno.

Saqueó discretamente de la nevera, procurando que su madre no la viera y le preguntara qué hacía cenando otra vez y, por fin, ya sola en su habitación, echó el pestillo y se dispuso a examinar el contenido del bolso.